

exiguos diarios; y si lo divides no produce el mismo efecto, pues nada hay que desanime tanto al lector de nuestras hojas periódicas como un *continuará*.

Luis, sonriente, guardó su cerro de cuartillas, muy halagado por los piropos inauditos de sus compañeros.

Así era aquel centro de amigos, donde las horas huían pequeñas como enanos de buen humor.

XIV

VERDAD es que Mercedes no dejó de visitar á sus enjutas vecinitas ni de hacerse acompañar por ellas á los rosarios del Carmen. ¿Pero acaso iba á conformarse Pajuela con que Mercedes, que era casi de su círculo, no le atendiese como antes, y que si la muchacha le concedía la limosna de una ojeada, en cambio no perdiera tarde de irse al rezo con Julio y regresara siempre acompañada del afortunado mancebo?

No obstante estar muy lejos de ser un observador, había notado el Teniente que el influjo de los entorchados y otros arreos militares, era firme decididor de contiendas amorosas en no escasas ocasiones; y se fi-

guró que talvez aquellas discretas miradillas las provocaban los reflejos áureos de los botones, ó el ruido metálico de la espada. Así, pues, un día, muy engalado, como un dije acabadito de sacar de la joyería, devoraba con las pupilas á Mercedes por si le pescaba algún remilgo. Inútil empeño: Julio era el dichoso.

¡De qué mal humor ponían al Militar los chichisveos de Julio para Mercedes!

Para hacer algo solapadamente contra su rival, lo metió en las listas de los *primeros domingos*; pero muy pronto, como Julio era Bachiller, para aprovechar sus conocimientos matemáticos, lo pasaron al cuerpo de Artilleros, y en un tiro al blanco, como la pieza en que maniobraba pegó repetidas veces, de un cornetazo lo hicieron subteniente, librándose con tan rápido ascenso, de los arrestos que le acarreaban sus faltas de presencia á las listas, y de las maquinaciones pueriles del desventurado Pajuela, que rabió de ver cómo se le escapaba la presa, tronando contra las gentes de la alta sociedad, que sin prestar servicio activo, conquistan fácilmente las graduaciones militares.

El teniente Pajuela quería á Mercedes, y la sangre se le quemaba por que no era él el preferido. ¡Jamás había rendido una plaza! Pero se dedicaba á bloquear las que se rinden al vistoso uniforme, con poca fortuna, como si en esta bendita tierra fuese á menos el militarismo, no seduciendo ya con sus brillos ni á las mujeres que cual mariposas nocturnas suelen quemar-

se las alas en las bujías, ilusionadas por el resplandor.

Por supuesto que Pajuela no se iba á envenenar por eso, ni á dispararle un tiro á Ruiz, ni mucho menos. Dejaba correr las cosas, diciendo: "lo que conviene viene". Seguía á Mercedes aun cuando ella estuviese con Julio; y montaba guardia en la esquina, hubiese *silampa*, niebla, oscuridad ó sol, siempre que estaba franco, con una terquedad que Mercedes no mataba con su desdén; era cuestión de meter mala espina al amante más confiado.

El siete de diciembre, la banda de la Capital, sin uniforme, ante el pórtico de la iglesia del Carmen, batía sus cobres lanzando á la rosa de los vientos alegres músicas populares. Esto atrajo una concurrencia á la cual los repiqueteos solos del campanario no hubieran congregado. Las mujeres, ya presurosas, ya con tranquilo paso, afluían al Carmen. La víspera de la Concepción barruntaba ser solemnísima.

El frontis del templo se destacaba en la sombra de la noche al tenue resplandor de chinescos farolillos colgados en las aristas. La palma, el bambú y la uruca formaban el decorado, cubriendo con su verde matiz los lienzos de pared escasos de adornos arquitectónicos. La torre de al lado, semejando un gigante negro, centinela del templo, no tenía una sola luz; la enorme campana del reló, amartillada por el badajo, daba trémulas y broncas campanadas que despedían las horas.

Pululaba del pórtico á las esquinas de la calle un gentío cuyo buen humor era ruidoso.

Las fachadas de las casas de los creyentes estaban iluminadas por linternas; y á lo lejos se oían explosiones de cohetes, triquitraques y petardos.

Desde el oscurecer, el ánimo de los muchachos, siempre dispuesto á divertirse, rompió un bombardeo contra la portada de la iglesia. Los *cachiflines*, como veloces sabandijas aéreas, describían espirales de fuego que dispersaban los grupos y ponían en fuga á las mujeres; los petardos estallaban como bombas, sobre las cabezas ó á la altura de los oídos. Beatas, devotas y no devotas, que entraban ó salían de la iglesia, se encontraban con el culebreo ígneo del atrevido buscapiés ó con la explosión ensordecedora de un *hombón*. ¡Tremendo susto se llevaban! Ajustándose á las paredes, haciéndose un doblez, ó agachándose, se cubrían la cabeza con los rebozos ó abrigos; se ocultaban tras las otras personas; corrían, saltaban y gritaban. Al escapar por aquí, el estallido de un petardo las detiene; al huír por allá, un bombazo les revienta casi en la enagua. Y es un moverse, un gritar, un silbar, un reír, que la policía interviene para poner coto á tal entretenimiento, previendo el daño que el fuego puede causar.

El interior del templo está radioso como una ascua; ante el retablo se descoge caprichoso, como un velillo gris, el incien-

so aromático; y en la nave sonora el canto resuena como un coro celestial. El presbiterio arde; un reguero de cirios á diversas alturas y en todos los rincones, destellan como pedacillos de un sol. En el altar mayor, escoltada por dos filas simétricas de antiguos candelabros dispuestos en escalones, y en una lujosa plataforma, descansa la custodia con sus gemas, vibrando su aureola, como el astro rey de aquel cielo constelado. En un sillón, detrás del cual se desgarba un monaguillo de blanquísima sobrepelliz, había una rica dalmática adamascada, con franjas de oro. La concavidad de la nave reverberaba al calor de las arañas encendidas; los arcos de la techumbre, festoneados con tul y flecos amarillos ó azules, hacían un efecto churrigueresco; en las ventanas, frutas, flores y jaulas con sus pájaros; las paredes sencillas, desnudas de ornato, no tenían más que el viacrucis. En el centro, ocupando las bancas, las mujeres; replegados á los muros, bajo el coro y cerca de los pórticos, los hombres, que no conmovían por su recogimiento.

El padre seguía el rosario desde el púlpito y la muchedumbre de fieles contestaba con un prolongado murmullo, acentuando las primeras palabras de la oración: era una santa lluvia de padrenuestros y avemarías. Al finalizar cada misterio, sonaba en el púlpito un timbre y comenzaba en el coro la religiosa sinfonía del órgano grave, de los violines quejumbrosos, de la dulce flauta y de las voces

humanas que extasiaban de placer místico, de arrobamiento fervoroso. Allí las loas elevadas al cielo en poético arrebatamiento para la santificación de la Madona Inmaculada.

El rosario terminó. Los fieles se agolparon á las puertas por donde escapaban emanaciones de aire confinado y el perfume del incienso. Como afuera, á pesar de las prohibiciones de la policía, se renovaron los juegos de pólvora, las mujeres, temerosas, no salieron, evitando así, exponerse á ser blanco de los petardos y cachiflines. Sin embargo, poco á poco fueron escabulléndose, no sin repetir las escenas de la entrada.

En cuanto Julio vio á Mercedes, corrió á su encuentro para librarla del bombardeo. En esto, el teniente Pajuela, con grave continente pasó adrede rozando á la joven. Un botón de la guerrera se enredó en los flecos del mantón de Mercedes; y con el pretexto de desenredarse cruzó dos palabras de disculpa con aquella mujer que le tenía muriendo de amor. Julio, á pesar de la naturalidad de la escena y de que las Pajuelas, primas del Teniente, iban con Mercedes, hizo un gesto marcado de disgusto, aunque nada dijo.

¡Noche feliz, Pajuela durmió contento!

XV

EN la bocacalle, iluminada por un flechazo de oro del sol poniente, una rueda de chiquillos, como corona de pimpollitos humanos, metía infantil bullicio de cantos y brincos. Aquellas rubias ó negras cabezas formaban círculo al rededor de un pequenuelo de dulces ojos, sonriente, que cantaba con vocecilla célica:

Papá, mamá, me quisiera casar
con una niña que sepa bailar.

En torno de él giraba la rueda de criaturas contestando en coro:

Soy la bendita del baile del rey
me quiero casar y no sé con quién.

El ojizarco cantor, empezó otros versos:

Arroz con leche, me quiero casar
con una chiquita de este lugar.

La turba infantil repetía:

Soy la bendita del baile del rey,
me quiero casar y no sé con quién.

El rubio niño cantó:

Casate conmigo que yo te pondré.
zapatos y medias color de café

¡ Tan pronto como esta diversión les aburría, la trocaban por "El clavito", "San Miguel dame tus armas" ó "Doña Ana". En esta última, uno de los muchachos apartábase del grupo, y, sentándose en el quicio de una puerta cercana, veía girar la rueda en el centro de la bocacalle, y oía cantar á sus compañeros:

Vamos á la huerta de *torotorogil*

á ver á doña Ana comer peregil.

Doña Ana no está aquí, está en su vergel
abriendo la rosa y cerrando el clavel.

Al decir clavel, uno de los chiquillos hacía esta pregunta:

—¿Cómo está doña Ana? dirigiéndola á la chiquita que desde el quicio de la puerta daba razón:

—Muy mal. Y el coro repetía la estrofa:

Vamos á la huerta de *torotorogil*, etc.

Al terminar la canción, de nuevo otro de los muchachos preguntaba por el estado de salud de doña Ana. Y así sucesivamente, hasta que la que hacía de doña Ana, contestaba:--Se murió; y rápida abandonaba el quicio de la puerta en persecución de alguno de sus compañeritos. Deshacíase la rueda como un verticilo que perdiese sus pétalos, y en medio de terrible algarabía escapaban los niños. Cogido uno, pasaba ese á desempeñar el papel de doña Ana, armándose la rueda otra vez.

Mercedes, de codos en el alféizar de la ventana de su casa, se esparcía con el

cuadro cuyas delicadas escenas presenciaba poseída de seductor encanto. ¡Qué delicia, ser dueña de unos angelillos tan sanos, tan alegres, tan felices! ¿En qué podían pensar aquellos diminutos seres, juguetones como pajaritos en una floresta? ¡Cuánta dicha debe de proporcionar un muñeco de esos!

Embelesada, no sintió acercarse á Julio, que saludándola afablemente, le dijo:

—¡Qué absorta está Ud.! Mercedes dio un salto de sorpresa, y sonrió cariñosa al recién llegado, devolviéndole el saludo con estas palabras:

—Sí, he gozado mucho observando cómo se divierten esas criaturas; con muy poco olvidan hasta que viven.

—¡Verdad es!—exclamó Julio—Pero ya tocaron al rosario. ¿No irá Ud. hoy?

—Por supuesto, aguárdeme un instante, y dispense que le deje solo.

Después de darse un vistazo al espejo para alisarse el peinado y pasarse á la ligera por las mejillas la borla de los polvos, se puso sobre los hombros el pañolón, y apareció en el umbral de la puerta, donde Julio la esperaba.

—Mamá no está en casa. Las Pajuelas se fueron á un paseo. De modo que hoy iremos solos á la iglesia.

Julio recibió la noticia con agrado. Por fin las caudatarias que espiaban sus movimientos y no le perdían sílaba, le dejaban libre.

Morfa la tarde y empezó un cierzo como con agujillas. Casi tiritando, Ruiz se

abotonó el saco y sepultó las manos en las faltriqueras. Mercedes, cruzándose por el pecho el pañolón de burato con labrados de flores y pájaros chinos, trataba de abrigarse también. Andaban despacio, como deseando no terminar el camino. Aprovechaban la ausencia de inoportunos testigos. ¡Qué dichosa ocurrencia la del paseo de las Pajuelas! Por fin llegaron al Carmen. Mercedes sube con lentitud las gradas y entra en la iglesia. Julio se incorpora á un corrillo apostado en el jardín de enfrente.

Rezada la última oración, de las que agregan al rosario, el cura de la parroquia bajó del púlpito y desapareció por la sacristía. A lo sumo eran las siete de la noche. Los fieles abandonaron el templo. Apagaba ya el sacristán las bujías, cuando Mercedes salió á la acera, y Julio, al verla, corrió á ofrecerle el brazo que ella aceptó de muy buen talante.

Los dos muchachos sentían un desbordamiento loco de placer. ¡Qué expansiva estuvo ella! ¡Qué apasionado se mostró él! El estado simpático que los embargaba era como una fresca brisa ignota, voluptuosamente acariciadora.

Conmovía el cuerpo de Julio una fuerza irresistible de fundir á Mercedes en un abrazo; de ser amable con todos, de hacer mucho bien; de estampar un beso frenético que abriera una eternidad de deleite.

¡Quizá . . . cosas de la temperatura!

Mercedes, poseída de una íntima alegría, pensaba futilidades amorosas: qué

peludillo era el saco de su novio, qué duros los puños y cómo crugían; qué sabroso andar del brazo con él; qué olorcillo á cuero de rusia despedía su ropa. Después, se alejaban sus pensamientos, y por fuerza de fantasía, como una realidad, ante sus ojos desarrollábanse las escenas de la tarde, las escenas de aquella parvada de niños tan *corrongos*, que daban deseos de comérselos.

De cuando en cuando una ráfaga saturada de lluvia muy fina, erizábales el vello.

“Siento como que le quiero hoy más que nunca—seguí pensando Mercedes— Me dejaría conducir por él, por él solo, hasta el fin del mundo. ¡Suerte de frío, oportuno cierzo! ¡Qué lindo es amar!”
¡Ah, sólo aquellas criaturas no eran felices, sólo aquellas cabecitas sudorosas no resplandecían heridas por el flechazo de oro del sol poniente! También para ellos había dicha, había el flechazo fecundo del amor.

La lámpara de luz eléctrica, pendiente del brazo férreo del poste, parecía un dedo largucho portando una linterna luminosa que señalaba el camino. Era el último fanal de la vía. Mercedes y Julio olvidados de todo, llegaban ya á las afueras de la población; y extrañándose de haber recorrido tanto sin percatarse de ello, volvieron sobre sus pasos. A no mucha distancia un bulto de hombre les seguía cautelosamente: era Pajuela, que más empeñado que nunca estaba en sus cinco en que Mercedes debía de ser para él.

Indiferentemente, Mercedes y Julio cruzaron hácia el sur, por una calle oscura, comunicándose intimidades muy de los dos. Por allí cerca quedaba la bonita habitación de Ruiz.

El servicio de alumbrado público se hacía mal en este barrio; y como no había luna, bien pudo efectuarse un duelo en mitad del arroyo que á nadie hubiera trascendido. La oscuridad puso iracundo al militar. ¡Sólo faltaba que perdiese la pista! Tras que ya la cólera de los celos le traía reventando y con ganas de reventar á otro. . . . Efectivamente, al doblar la esquina, su rival y su pretendida salieron del alcance de su mirada. Corre ansioso figoneando en aquellas oscuridades, y ve dos bultos que se mueven, que se separan y se juntan, y que de pronto se los traga una puerta, cuya hoja, al cerrarse bruscamente, dió un golpe que repercutió en los muros de las casas del vecindario.

De cuatro zancajos se colocó el teniente Pajuela en la grada de la puerta é inclinóse con precaución para espiar por el agujero de la cerradura. Nada logró ver: la pieza estaba en tinieblas; mas la ligereza de la imaginación le hizo suponer una escena que lo encendió en furia.

El militar, bien formado, revelando la salud de la estatuaria helénica, sufría unos celos angustiosos, quemantes como plomo derretido. La sangre le hervía, ensanchaba los elásticos tubos, subiendo el color de sus líneas en la epidermis; el cuello y la

cara parecía que iban á estallar; el corazón latíale con tal violencia que amenazaba romper su cárcel ósea; anhelaba como gladiador al terminar la lucha; la mirada inquieta y errabunda relampagueábale entre los párpados inyectados de sangre; las paredes de las fosas nazales temblábanle débilmente; los labios mordidos dejaban ver la arista de la corona de los dientes. Balbuceó unas cuantas palabras con ronca voz, contrajo nerviosamente los músculos, ahogó una blasfemia y loco por vengarse, en vez de romper la puerta, voló en busca de Manuel Velar.

XVI

LA pasión las dominaba á pesar de que nunca se vieron objeto de gran interés; y así, si para ellas no fue, lo tomaron como quien dice bajo su protección. Afecto tan acendrado dio margen á que ellas celaran á su primo, no ya como amantes quisquillosas, pues á la postre cayeron en la cuenta de que su ídolo no hacía el milagro de atenderlas, pero sí velaban por él como dos madres intransigentes. Por haberse permitido Julio atravesarse en la ruta del amado teniente, amargándole la existencia, las Pajuelas miraron con desconfianza, primero, y odio después, al amante de Mercedes.

Cosa singular, en vez de ser la mujer preferida por el Teniente, el blanco de sus maquinaciones malévolas, cedieron cuerdaamente á la esperanza de que el militar no pusiese los ojos en mujer alguna que no fuese una de ellas, y movieron sus lenguas sagitas contra el que hacía infeliz á su desdeñoso primo. Pajuela, naturalmente, se la tenía jurada á Julio.

Mercedes, por su parte, en su extravío amoroso y para no verse obligada á ocultar su pasión, insinuó el matrimonio cuando Julio no estaba dispuesto á subir al altar.

Como si estuviera al amparo de divina égida, Ruiz se libraba de las asechanzas de sus malquerientes; del golpe vengador escapaba, por que el Teniente no había enterado aún al hermano de Mercedes de lo que cierta noche oscura su espionaje y malicia le revelaron. Reflexionando en que sus rabiosos celos le impulsaban á una delación personal que podía tornársele en propio daño, torció su designio, para hacer con relativa discreción, lenta y cruel su venganza.

Crecía en torno de Julio tanta animosidad, le vigilaban con tal cuidado sus enemigos, que no le fue difícil traslucir su verdadera situación. En la perspectiva de un fatal desenlace para su vida de enamorado, le sobrecogió un miedo pánico. Ante ese argumento no cabían prolijas consideraciones. Cuando se sentía más tristón y preocupado, el correo le trajo una carta de su tío en la que le instaba á

que se marchase sin demora á Wáshington. Si la hubiera solicitado para el caso concreto no habría venido la misiva con más oportunidad. Reeleyóla, pues, con cierta alegría, y optó por preparar sigilosamente su equipaje.

¡De qué diferente modo impresionan las cosas á sangre fría! En el calor de su deleite jamás pensó en las dificultades que su arrebató viril, por una mujer adorablemente sensual, le acarrearía.

Pero irse y abandonar á Mercedes. . . . Eso le hurgaba fuertemente el corazón. Irse cuando ya no ignoraba de qué linda flor había aspirado todo el perfume y no había bebido aún toda la miel de su nectario exquisito, miel que excusa las mayores caídas y dulcifica las más grandes amarguras. . . . Sólo su intranquilidad y un presentimiento terrible llegaron al extremo de hacerle imaginar que soñaba y aun á inducirle á posponer su amor gozado, mas no satisfecho, con tal de conseguir la calma.

Señalóse de término para efectuar el viaje, cuatro días, mientras daba poder á su cuñado para que le atendiese su hacienda y le arreglase otros asuntillos de menor cuantía.

Apreciando Julio á Carlos como á íntimo amigo, creyó de su deber comunicarle que en vista de la insistencia con que su tío le llamaba de los Estados Unidos de Norte América, había determinado obedecerle. Gómez extrañó el encarecimiento con que le pedía que no divulgase la

noticia y lo sumiso que se había vuelto Julio, á quien no pudo sonsacar la verdadera razón que motivaba su partida. En su delirio por viajar, Carlos envidió á su camarada. Siempre que uno de sus conocidos volaba á otras regiones, perdía una cuenta el collar de sus esperanzas, por que traía á la mente las trabas que le impedían surcar el océano.

La noche misma del día en que Julio estuvo á ver á Carlos para despedirse de él, como si lo hubieran sabido las Pajuelas, que recibieron un desprecio de Mercedes y Julio la tarde anterior, esperaron á Manuel Velar, quien esa noche se retiró á su domicilio más temprano de lo que solía, presentándoles así ocasión fácil de que practicaran un avieso plan. Fingiéndose idólatras de Mercedes, simulando que no daban crédito á los chismes infames que se deslizan atrevidos donde quiera, despepitaron á Manuel que el teniente Pajuela había visto una cosa... que á ellas les habían contado por que casi todo el mundo la sabía. El golpe no erró la puntería: hirió en lo más vivo los sentimientos de Manuel, que, temblando de horror, de rabia, de desesperación, sin soltar una sílaba, clavó una profunda mirada en las Pajuelas, giró sobre los tacones mecánicamente y se metió en su casa. Desmadejado, con un nudo en la garganta, se arrojó en su lecho, con el pensamiento tenaz de saltar el craneo á Julio; pero era yá, inmediatamente. Cavilando, abrió campo á la duda. ¡Oh cuánto le consola-

ba este balancín de la esperanza! Allí, al otro lado del tabique, estaba Mercedes... ¡y era tan fácil retorcer la calumnia y reventársela al rostro á aquellas pálidas, flacuchas...! Mas al llegar á la puerta del dormitorio de su hermana permaneció indeciso luchando por entrar, cogerla de las manos y desahogarse, llorar con ella su tristeza de haber perdido la honra. ¿Y si era calumnia vil? ¡Agradable embajada la suya! ¡Qué inesperado golpe para la infeliz!..... ¡Ah, entonces sí que aventaría al Báratro á los fementidos difamadores! ¡Cuánto mejor si fuera calumnia para mitigar su angustia! En tal brete, prefirió no entrar; talvez ni explicarse con su hermana hubiera podido. Tentado estuvo de llamar á su padre y descargar el gran peso que le aplastaba. También desistió de ello. Pensó en Carlos, tan buen amigo, tan inteligente, que le daría magnífico consejo en el presente caso: era lo más acertado buscarlo. Como se le ocurrió lo hizo. El aire fresco de la calle templó su febril ardor, y cuando dichosamente encontró á su amigo, la calma comenzaba á enseñorearse de aquel quebrantado cuerpo.

Carlos estaba en su casa, en mangas de camisa, leyendo, cuando Manuel le fue introducido en su cuarto; notó la palidez, el desorden del cabello y el centelleo raro de los ojos del recién llegado, y exclamó:

—¡Qué bárbaro, qué mona te has pues-

to! ¡Como no te hayan visto los de casa...!

—¿Mona?... repitió Manuel con amargura; y sin dar mayor importancia á la broma, entró de lleno en la cuestión:

—Vengo expresamente á contarte algo muy grave; te suplico me atiendas.

Manuel refirió la calumnia. Calumnia, sí, por que él esperaba que lo fuera; y Gómez se quedó lívido, pues conociendo el carácter violento de su amigo y adivinando lo que meditaba, vio todo color de sangre.

—¡Pobre hermana mía; adiós ilusiones de encumbrada posición! ¿Cómo voy ahora á solicitar la plaza de maestra? A boca llena me la negarían. Mi casa será objeto de burla; y cuántos ¡ay! no querrán relacionarse con mi hermana para hundirla más. Y reprimía el llanto.

—Vaya, hombre, no te aflijas, ese es un mal reparable. No es ello un daño tan grande. Quién no perdona los desvíos de la juventud.

Y con acento reposado, añadió:

—Mañana temprano, y no digo ahora, porque es ya tarde, irás tú al cuarto de Julio y le obligarás á casarse con Mercedes. Eso cabe y es hasta lógica consecuencia, puesto que tanto se aman. Por que no lo dudes, Julio quiere á tu hermana. Después de casi año y medio de cortejos, nadie se admirará de ese matrimonio: es muy natural. Mientras que si tú matas á Julio, no podrá hacerse la reparación. Al dominio público pasará un hecho,

en el criterio social execrado; se burlarán dei lance y Vds. serán alimento, para unos días, de las conversaciones del vulgo. Ese vulgo ávido de sensaciones, que goza cuando hay sucesos escandalosos.

—Tienes razón, Carlos; y comprende tú que si á mi vez no razono, es por que estoy ofuscado, herido. ¡Oh, mañana mismo me le sabré imponer á ese pillo y... ó subsana el daño, ó me pagará caro la perfidia!

—Pero antes debes cerciorarte hasta no dejar campo á la duda; mucho tino, por que si no hay más que lengua, puede que eches á perder la fortuna de Mercedes.

—Descuida, no daré un paso en falso. Hablaré con ella. Verás... ¡Pero por Dios calla, Carlos, calla; no sueltes una palabra!

Tan sobrecitado mostrábase Velar con el dolor cruel que le picoteaba el corazón, que Gómez se puso el saco y tomándole de bracete lo acompañó hasta su casa.

XVII

La noche se le hizo interminable y pesada. Al amanecer, con aparente tranquilidad y revolviendo en el magín las ideas que se le agolpaban, erró por las calles como sonámbulo, dándose tiempo para reposar sus exterminadores ímpetus. Poco después de las seis de la mañana, pensó ante la puerta de la pieza de Julio:

—Este es un dormilón que obligaré á levantarse para que tenga el valor de confesar sus desaciertos y los enderece. Pero Julio no debía de estar allí, pues aunque amenazaba Manuel romper los tableros, nadie respondía.

—Si estará muerto...? ¡Qué va...! Ese ha ido á dormir sabe Dios dónde...

Cuando ya sobre los tejados se veían las alfombras de oro tendidas por el sol, volvió al cuarto de Julio. Nada. El tiempo se iba en inútiles paseos. Sin embargo esperó en la esquina una hora sin más distracción que la caricia furtiva prodigada á su revólver.

A Julio se lo había tragado la tierra, por lo menos, pues no parecía.

El "Alvena", embarcación norteamericana, zarpaba con rumbo á Nueva York un día antes de la fecha que Julio designara para su partida. Por un azar feliz de su constante buena suerte, se le ocurrió que era un disparate aguardar otro vapor; compró el pasaje y durmió en casa de su cuñado, no sólo para pasar con su familia, la última noche, sino para que le despertasen temprano. Al día siguiente, mientras Velar mataba las horas en pesquisas ociosas, Ruiz, sin maletas, para no cortar sus alas, emprendió viaje.

Cuando ya tarde tuvo Manuel conocimiento de ello, se enclaustró en su casa y aunque mustio, triste, consoló á su hermana, que al saber que su fementido amante se había hecho á la vela y la había dejado sola, no pudo la infeliz reprimir su dolor, menos preocupada de lo grave de su flaqueza que de la traición del otro.

No resistiendo ya el estrecho recinto de su cráneo, la presión fatigosa de sus penas, Manuel, muy conmovido, hizo á su padre historia completa del enamoramiento de Mercedes. El honradote viejo mofletudo, con sus omoplatos rectos y sus piernas erguidas, llevando el chircagre de una á otra comisura de los labios, escuchó con inquietud el acento febril de su hijo, lanzó un *escupite chisgueteado*, medio á medio del espacio de suelo que lo separaba de Manuel, restregó con la claveteada suela del ancho zapato la saliva, se colocó el cabo del chircagre en la oreja y dijo con entonación chabacana pero sincera:

—Bueno, te he entendido; pero *pa* que te *azorás* tanto, que te *podés* enfermar.

Frió se quedó Manuel, no sabiendo si era ira ó lástima lo que sentía.

—¿Que por qué me azoro tanto, pregunta Ud? Pues por que su hija, mi hermana, ha caído; ya no habrá quien dé lustre á su nombre, ya no vale nada.

—¿Y vos, *pa* que estás, si ella no puede; vos, por quien me he venú aquí y he gastao mis riales?

Perplejo se quedaba Manuel; comprendía que en *ñor* Pantaleón arraigaba la idea de la inferioridad femenina y que, desde luego, no se le daba un ardite el desliz de su hija.

—Yo deseaba, señor, levantar á mi familia; proporcionarle á Mercedes una posición regular siquiera, y ahora... me será difícil, por que acciones semejantes á la que me tiene achucuyado, son escarnio y vergüenza para la sociedad en que yo pretendo figurar con ella. Ahora... la rechazarán y talvez á mí...

Pareció conmoverse *ñor* Pantaleón, pero fue porque le dio horror pensar que su hijo idolatrado, el talentoso, la esperanza de la familia, el que iba á dar lustre á la casta, estuviese en vías de trastornarse. Llamó á su mitad carísima para explicarle á su modo lo que Manuel le expresara, comunicándole también sus temores.

En presencia de su Madre, Manuel se dirigió á ella en el supuesto de que le comprendería. Otro desengaño. Con gran pena vio alelarse á *ña* Ramona ante

su abatimiento; la vio clavarle los ojos como sondeando el padecer de su corazón, tratando de diagnosticar heridas cuya profundidad no alcanzaba á comprender.

Manuel inclinó la cabeza sobre el pecho, juntó las manos y las metió entre las rodillas, murmurando:

—¡Sólo Mercedes y yo sabemos sufrir!

—¡Y qué amarga entonación dio á la palabra sabemos!

—Mas ¡qué diantre de necesidad teníamos de ese aprendizaje, de haber aguzado nuestros sentimientos!... ¿Sería un mal el haberme civilizado?... ¿Y las grandes ventajas de la cultura, por qué no vienen en mi auxilio?

Se comparaba Manuel con sus padres, aquellos campesinos tan bonazos, traídos de la noche á la mañana á un centro social tan diferente del que los había formado; traídos á una vida agitada y llena de complicaciones que no se explicaban. Honrados viejos, que alucinados por un esplendor problemático, abandonaron el terrón que los vio nacer, sus comodidades y el cariño de sus compoblanos que tanto los respetaban. Verdaderamente no entendían el drama que Manuel les pintaba como una lluvia de desventuras para lo porvenir. Y si bien es cierto que algo les incomodaba el traspies de su hija, es más que no lo tenían por irremediable ni terrible. En Bejuco, eso del honor, en estas peripecias de la vida, era hueco vocablo, por no decir desconocido; y por su

amorística condescendencia, la muchacha no perdería las bodas.

A no haber sido Manuel, que deseaba que Mercedes viviese en San José, pero al calor del hogar, *ñor* Pantaleón, inducido por su mujer, hubiera caminado con los suyos á Bejuco. Pues si para Manuel y Mercedes, esperaba con el tiempo brillante posición, fuente de dichas, para sí y los que le restaban de su familia, seguía el proverbio de, "cada oveja con su pareja".

A pesar de todo, *ña* Ramona reconocía el padecimiento de su hijo, y era, naturalmente, la ocasión de aplicar un remedio. Su experiencia habíale demostrado que existía la terapéutica de los corazones heridos por la jabalina del dolor moral. Y así como daba un remedio de los de ella para una fiebre, dijo con la intención sana de consolar á Manuel:

—*Pus* hijóo, no *echase* á morir por eso. En Bejuco *nai*de la desdeñará. ¡Si se les *que* la baba por ella, así estuviese criando! Vámonos allá, si es que aquí ya nadie la quiere.

¡Imposible transigir con tales arreglos, Sus miras ambiciosas á ello se oponían.

¡Ah, si él no hubiese salido de su pueblo, jamás habría concedido á estos hechos sociales tanta importancia; no hubiera amado cultamente á su hermana y se habrían evitado las calamidades de que eran presa.

Ofuscado Manuel, no veía la lógica de sus males, perspícuo en su carácter sober-

bio alimentado por las adulaciones de que había sido objeto desde niño.

Era una aberración de su entendimiento apenado.

La brillante fortuna que para los suyos ansiaba, como un espejismo perdíase en el horizonte de sus ambiciones; para salir perdiendo y sufrir comparaba su talento con el de sus compañeros. Las primeras magistraturas creíalas para él inabordables; y aquel que *ñor* Pantaleón soñó rosal de sus esperanzas ya nunca se vería pitiminí de venturas.

Lo que impulsó á Manuel al estudio no fue otra cosa que la "tendencia natural de todo hombre á mejorar su condición", afán que en él despuntó como una rareza en Bejuco, y que, desgraciadamente, nadie supo conducir. Si alguien hubiera pensado en enseñar á Manuel á adaptarse al medio nuevo, tanto como posible era para quien como él tenía toda una rústica é ignorante ascendencia, si le hubieran enseñado á normar sus actos, no con la loca fantasía, sino con el cálculo de sus capacidades, entonces la felicidad relativa la habría hallado en sí mismo. Empero debió ser, á más de un joven sin mentor, uno de esos cuya fuerza de acción, cuya demasiada energía les impulsa á moverse de manera que no está en relación con los elementos de que disponen para satisfacerse.

Manuel exclamó:

—¡La ciencia es madre de la corrupción, de los artificios sociales, de las nece-

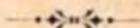
sidades infinitas, en síntesis del dolor profundo... !

La condenó en su desesperación, achacando á la obra civilizadora, lo que era el resultado de su indomable carácter y del modo cómo se le criara.

Fin

VOCABULARIO

de los provincialismos más notables que ocurren en esta obra



Atado —Peinado que consiste en dividir el cabello, atrás, en dos trenzas, las cuales se entrelazan, se recogen y se sujetan en la nuca.

Barba de viejo. — Designanse con este nombre varias especies de plantas trepadoras del género *Clematis* (ranunculáceas). Se llaman así á causa de sus aquenios, que provistos de una plúmula semejante al algodón y apiñados en racimos blanquicos, parecen cabelleras ó barbas canas en la copa de los árboles. (Gagini).

Bateitas. — Fruto de una enredadera dehiscente en forma de batea.

Bebiendo agua (las nubes.) — Es un fenómeno meteorológico. Al amanecer se observa que los cúmulos agrupados en las crestas de las montañas, descienden hasta tocar la superficie de los ríos que corren en la zona montañosa.

Camote. — Amor, pero no en abstracto sino de alguien á alguien en concreto. (Gagini.)

Candanga — Llevárselo á uno *candanga*, es llevárselo la trampa.

Cazadora.—Pajarito de plumaje verde ó amarillo. Se alimenta de insectos.

Cojollo.—Cogollo de caña de azúcar (por *autonomasia*.) (Gagini)

Colipato.—Mariposa verde con pintitas plateadas, cuyas alas terminan en la parte inferior posterior en dos colitas.

Collareja.—(Anton.) Paloma collareja (*Cheleroenas albilinea*.)

Comemaíz.—Pajarito de plumaje oscuro, de cantar dulce, aficionadísimo á hacer su nido en las cercanías de las casas.

Corrongo.—Monísimo, gracioso (R. Fernández Guardia.)

Cuilmas.—Cándido, sencillote.

Curré.—La familia de los Tucanes es eminentemente tropical y sólo habita en América. De las muchas especies que tiene, seis viven en este país;... Todas estas aves viven en grupos más ó menos grandes en los bosques y se alimentan de insectos y frutas, pero también enguyen los pichoncitos tiernos y huevos de otros pájaros que persiguen en los nidos. (Calvo)

Chacalín.—Párvulo, pequeñuelo.

Chingaste.—Pozo, residuo, hez.

Chira.—La espata ó garrancha. Como es de color rojizo amoratado, el pueblo emplea la frase "ponerse como una *chira*" para expresar que una persona se ha puesto muy colorada ó encendida. (Gagini)

Chiverre.—Chilacayote, cidracayote (id.)

Chocla.—Es nombre que dan los niños á uno de sus juegos favoritos (Véase id.)

Chompipe.—Es el pavo, al cual se da el nombre de *chompipe*, probablemente derivado de su propio grito.

Churuco.—Entre jugadores, cubilete (Gagini)

Ponde.---Lo usan en lugar de *á, para, á casa de,* denotando dirección, ó de *en casa de, en la tienda de,* etc., para expresar el sitio; (id.)

Explicación.---Las lecciones de religión Católica Apostólica Romana que se dan á los niños en la iglesia con el fin de prepararlos para la primera comunión.

Guacal.---Recipiente semiesférico hecho de un fruto de forma esférica, cuya corteza resistente, encierra un interior carnoso fácil de extraer.

Guachipilín.---Guachapelí

Guanacia.---Así llaman los Centroamericanos á las Repúblicas de El Salvador y Honduras.

Guápil.---Fruta doble compuesta de dos que han nacido soldadas dentro de un mismo pericarpio. (Gagini)

Guate.---"Planta de maíz, que por no dar fruto ó por no llegar este á sazón, sólo sirve para pasto de caballerías."

Güitite.---Solanácea muy común en los cercados. (Gagini)

Hermano.---Es para nuestra gente campesina no un prójimo vivo sino un *aparecido,* un *espectro.* (Gagini)

Ingüento.---Ungüento.

Juminante.---Fusil de cargar por la boca.

Leche.---Látex de las plantas.

Macho.---Extranjero.

Melcochas.---(de trapiche) Dulce sobado.

Molendero.---Mesa basta de cocina que entre otros usos tiene aquel de que deriva su nombre: sirve para poner la piedra en que se muele el maíz para hacerlo masa.

Mozote.---Hierba (véase Gagini).

Nacú.---Divieso.

Ña.---Aférsis de Doña.

Ñato.---Chatr.

Nor.---Aférsis de Señor.

Ojos de buey.---Fruto de una enredadera propia de lugares templados y cálidos. Es duro, redondo y aplastado, y por la forma justifica su nombre. Los hay negros y de color bayo leonado; estos últimos son más apreciados y poseen en opinión del pueblo la singular virtud de librar de las mordeduras de culebras y evitar muchas enfermedades á los que los llevan en el bolsillo (Gagini)

Orilla --- (Gentes de la orilla) de los arrabales; gente de clase inferior.

Piapia.---(*Psilorhimus mexicana*). Especie de urraca muy extendida en todo el país; estas aves andan generalmente en bandadas, lanzando gritos extridentes que dicen con toda claridad: ¡pia! ¡pia! Ocasianan muchos perjuicios en las milpas y frutales. (Gagini)

Poró.---Arbol que se utiliza para cercar. (id)

Real quema.---No tener un centavo.

Repelas.---Recolección de los granos de café que han quedado en las matas después de verificada la cosecha. (Gagini)

Silampa.---Lluvia menuda y helática.

Tamal.---Pasta de maíz adobada con carne de cerdo ó gallina, arroz, pasas y especies que se cocina envuelta en hojas de plátano ó en tusas.

Tapate.---(*Datura stramonium*) Solanácea que se emplea como cataplasmas. (V.---Gagini)

Taquilla.---Aguardentería.

Tercios.---(de sal) Arroba de sal envuelta en hojas de plátano y liada con bejuco

Tigrillo.---Gato montés.

Tijo.---(*Crotophaga sulcirostris*) Voz Onomatopéyica con la que se designa en Costa Rica á un pájaro negro muy común.

Tiquicia.---Voz con que designan á la República de Costa Rica en Centro América.

Tecolote.---Color achocolatado.

Tuitico.---Todo.

Veraguada.---Ropa echada á perder por la humedad.

Yantén.---Yerba medicinal.

Zaguates.---Perros muy desmejorados y ladradores. (1)

(1) La mayor parte de estas palabras pueden verse en el "Diccionario de Barbarismos y Provincialismos de Costa Rica", por C. Gagini.

